



ME dio la noticia Marta, por teléfono.
—¿Sabes? ¡Fernando se casa!
La dejó caer así, escuetamente, como una bomba, segura del efecto que iba a causar.

—¿De veras?

—Como te lo digo. Dentro de veinte días, en San Manuel y San Benito.

Yo no salía de mi asombro. Fernando, amigo nuestro de toda la vida, parecía el ejemplar masculino más «incassable» de cuantos conocíamos. Listo, simpático, de aspecto agradable, atraía a las muchachas aun sin proponérselo; pero sus relaciones con ellas no pasaban de ser amistosas. Algún conato de noviazgo, incluso, había terminado sin dejar rastros.

A veces, en tono de broma, le decíamos:

—No serás tú poco difícil... Debes estar buscando una mujer perfecta. Esa que no existe más que en las novelas rosa...

El se reía y no daba explicación alguna, dejando nuestra curiosidad con un bonito palmo de narices. Y ahora, así, de repente...

—¿Quién es la novia? —pregunté a Marta.

—No lo sé todavía —me contestó desde el otro extremo del hilo, como avergonzada de su tignorancia—. Pero me enteraré en seguida.

Y Marta, proponiéndoselo, se enteraba. Ya lo creo que se enteraba.

Nos encontramos en el atrio de la iglesia el día de la ceremonia. Nos dedicamos mutuas alabanzas a nuestros respectivos vestidos, estrenados para la especial ocasión. De los sombreros que llevábamos no nos dijimos nada porque son los de siempre. Los de las bodas.

Fernando estaba elegantísimo con su chaqué y su corbata de plastrón gris perla. Sonreía. No parecía nervioso.

A los pocos minutos llegó la novia. Pasó por nuestro lado justo el tiempo necesario para que le dirigiéramos una de esas miradas femeninas capaces de detectar, en un segundo, el rostro, la figura, el traje y el color de las uñas de otra mujer. El acuerdo fue perfecto.

—Es guapa —dijo Marta.

—¡Guapísima! —dije yo.

—Sí, pero...

No pude saber en seguida qué misterio inquietante se encerraba en aquel «pero». Los invitados, impacientes por no perderse un detalle de la ceremonia, nos habían arrollado y obligado a entrar en la iglesia casi en volandas.

Volvimos a encontrarnos poco después y nos sentamos en el mismo banco, junto a dos viejecitas muy arregladas, muy monas. Una, con sombrero y collar de perlas, y otra con mantilla y cinta de terciopelo al cuello.

—Fernando la conoció en San Juan, este verano... —me explicó Marta en voz baja.

—¿Y con sólo estos meses de noviazgo...?

—Ya ves. Suerte que tienen algunas. Es licenciada en Ciencias Químicas.

Las viejecitas escuchaban muy interesadas las confidencias de Marta. La de la cinta al cuello, que debía ser algo sorda, preguntó a su compañera:

—¿En qué?

—¡En Ciencias Químicas! —repite la otra, complaciente, en tono más que brillante.

Varias cabezas se volvieron y hubo un chistido de reconvencción. Esperé un momento a que se restableciera la calma y susurré:

—¿Por qué dijiste antes «pero»...?

Marta me contestó con acento sombrío, ese con el que se dan las malas noticias.

—Me han asegurado que no sabe freír un huevo.

Nuestra vecina, la sorda, no se

resignaba a ignorar el secreto de la novia.

—Que no sabe freír ¿qué?

—¡Un huevo! —le chilló su amiga junto a la oreja.

Esta vez los chistidos fueron más de uno y mucho más enérgicos que antes. Nos callamos, claro. Pero me di cuenta de que, a juzgar por la expresión desolada de Marta y las viejecitas, había motivos sobrados para preocuparse del futuro de Fernando. Estaba delante del altar, sonriente, feliz, guapísimo en su chaqué y su pantalón a rayas, pero nosotras lo veíamos mal vestido, hambriento, en medio de una casa espantosamente desordenada, buscando un par de calcetines limpios en vano y descubriendo, de paso, un cinturón en la sopera y un libro de química en la bolsa del pan.

Era demasiado triste. Ni los deliciosos bocaditos de Lyon que sirvieron en el «lunch», ni el «cup», que estaba bastante fuerte, fueron suficientes para devolvernos la animación perdida. Fernando, después de tanto pensarlo, había ido a escoger la mujer que menos le convenía. Por lo menos, eso aseguraba Marta rotundamente y yo no me atreva a contradecirla.

La pareja, después de la boda, se fue a vivir a Barcelona. De vez en cuando nos llegaban noticias suyas: varias tarjetas y alguna carta, escritas por Fernando, en las que declaraba estar encantado de la vida.

—¡No es sincero! —decía Marta después de leerlas—. Lo que pasa es que no quiere confesar que se ha equivocado. ¡Cuando pienso que no hizo caso a Purita Valdés, una chica tan completa, que sabía hasta encañonar! ¡Ya se acordará, ya, cuando tenga que ir a comer de cafetería porque su mujer es incapaz de freír un huevo!

Marta había patrocinado entusiastamente la candidatura de Purita Valdés a la mano de

FREIR EL HUEVO

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

Fernando y su fracaso la había afectado de un modo casi personal; pero, aunque hablara con su poquito de despecho, ¿no habría algo de verdad en sus palabras?

Dos años más tarde, un viaje inesperado me llevó a Barcelona. Llamé por teléfono a casa de mis amigos y me invitaron a cenar con ellos esa misma noche.

Tenían un apartamentito pequeño, confortable y he de confesar que muy bien arreglado. Mientras servía los aperitivos, Fernando dijo:

—Mi mujer no tardará... Tiene unas clases de ocho a nueve.

—¡Ah! ¿Sigue trabajando después de casada?

Le extrañó mi pregunta.

—¿Por qué no? Le gusta...

—Sí, claro... Pero no podrá ocuparse mucho de ti... de la casa...

Fernando rió.

—Me parece que estoy oyendo a mi madre. Me dijo lo mismo que tú, cuando supo que iba a casarme con Lucía.

Me sentí azaradísima. Pensé que Fernando, con todo derecho, iba a decirme que dejáramos de meternos en sus asuntos y bebí un trago de jerez para disimular mis nervios. El, bonachón y sonriente, continuó hablando.

—Mira... Yo tardé bastante en casarme porque no encontraba una mujer a mi gusto. No perfecta, como vosotras decíais... sino, simplemente, que pudiera ser mi amiga, mi colaboradora, mi camarada, al mismo tiempo que mi mujer. Que entendiera y hablara mi lenguaje, que tuviera sentido del humor suficiente para tomarse a broma a sí misma y para sonreír cuando las cosas no marchan bien del todo. Que aguantara las rachas malas sin pensar que es la mujer más des-

graciada de la creación, y las buenas sin darse aires de importante. Que fuese tierna sin ser ñoña; femenina, sin necesidad de pasarse las horas muertas frente al espejo para poner el rizo en el punto justo... Lucía era así... Y comprenderás que no iba a perder el tiempo en averiguar si sabía freír ese famoso huevo que tanto os preocupa.

Animada por el jerez, me atreví a preguntar:

—Y... ¿sabía?

—No. Pero esas cosas se aprenden sólo con querer.

—¿Con querer?

—Sí... —Y Fernando rió con más ganas aún que antes—. Con querer freírlo y con querer a la persona que va a comérselo. En este caso, yo.

Se abrió la puerta dejando paso a una Lucía simpatísimísima, eufórica, más guapa aún que el día de la boda. Poco después nos sirvió una cena deliciosa, que había preparado antes de marcharse. Me convencí de que el amor todo lo puede, hasta convertirse en maestro de arte culinario.

...

De vuelta a Madrid, telefoné a Marta.

—Estuve con Fernando...

—¿Ah, sí? —me preguntó ella, ansiosa, esperando sin duda oír un largo relato de las desventuras conyugales de nuestro amigo—. ¿Y qué, y qué?

Contesté sencillamente:

—Nada. El marido más feliz del mundo.

En la voz de Marta hubo un punto de desencanto y otro de desprecio.

—¡Está visto! ¡Hay hombres para todo!

Y cortó la comunicación sin darme tiempo para decirle que hablara con Purita Valdés y le aconsejara que aprendiese más cosas. Porque, decididamente, freír un huevo no basta.

